

romántica del arte, a la vez que desacreditaba los procedimientos realistas. Aparte, se pueden contabilizar su inclinación a lo patético, a dibujar actores con aristas patológicas:

Me sentía a la vez poderosa y solitaria, desgraciada y poseída por los demonios (57).

A la luz de un relámpago vi en su cara la expresión de un horror sagrado. Con sus ojos muy abiertos, como si estuviera viviendo una pesadilla gritó:

—¡Estás loca, Alejandra! ¡Estás completamente loca, estás endemoniada! (58).

Otro recurso romántico es apelar a lo folletinesco. Podría mencionar en tal sentido la revelación que Bruno le hace en la última parte a Martín: Georgina, madre de Alejandra, no murió, como ella le dijo, «aunque usted se asombre, todavía vive», o la manera como Alejandra le revela a Martín que el hombre con el que la vio tomarse de la mano en un bar era su padre (final del capítulo XXIV de *Los rostros invisibles*). En fin, la paidofilia que aqueja a muchas figuras de Dostoievski también le es asignada a Fernando:

A Fernando le gustaban muchísimo las mujeres hermosas y sensuales, tanto como las menospreciaba; pero esa inclinación se acrecentaba cuando eran de corta edad (59).

En cuanto a regresiones románticas, recuerdo el prolongado viaje por las tinieblas que significa para Fernando un retorno a los orígenes (Alejandra no es sólo su hija, sino también una réplica de Georgina, su mujer y prima hermana) y tiene mayor afinidad con las pesadillas y alucinaciones nocturnas de los románticos alemanes que con el onirismo surrealista, aunque la marca de esa escuela se revele en algún pasaje, como en la siguiente enumeración caótica:

Vi seres que parecían contemplarse aterrorizados, nítidamente vi escenas de mi infancia, montañas de Asia y Africa de mi errabunda existencia, pájaros y animales vengativos e irónicos, atardeceres en el trópico, ratas en un granero de Capitán Olmos, sombríos prostíbulos, locos que gritaban palabras decisivas pero desdichadamente Incomprensibles, mujeres que mostraban lúbricamente su sexo abierto, caranchos merodeando sobre hinchados cadáveres en la pampa, molinos de viento en la estancia de mis

(57) *Ibidem*, p. 62.

(58) *Ibidem*, p. 71.

(59) *Ibidem*, p. 398.

padres, borrachos que hurgaban en un tacho de basura y grandes pájaros negros que se lanzaban con sus picos afilados sobre sus ojos aterrados (60).

Desde que leí por primera vez esta novela, intuí que la relación incestuosa entre Fernando y su hija debía estar, como en otras del *corpus*, vinculada con una aspiración homogeneinizadora, pero el nexo me hubiera resultado más evidente si se hubiese tratado de dos hermanos. Por eso me congratulé leer recientemente una confesión del propio Sábato en el libro que le dedicara Angélica Correa:

El incesto, en principio, iba a ser entre dos hermanos, luego resultó entre padre e hija. ¿Por qué cambié? No podría explicarlo (61).

De todas maneras, ese vínculo tiene algo fraternal y es por eso una contrafigura imaginaria enfrentada enfáticamente con diversos procesos de desunión aludidos por el texto y entre los que sobresalen, sin inguna duda, los enfrentamientos entre unitarios y federales, en el siglo pasado, y los de peronistas y antiperonistas en éste. Con eso se ligaría la asociación entre amor y lucha, una manera de deslizar hacia zonas menos conflictivas otros combates, así como la conversión en un antihéroe del Fernando que avanza hacia el «faro» fálico de «la más tenebrosa de las cópulas»:

Si de pronto me sentí una especie de héroe, de héroe al revés, héroe negro y repugnante, pero héroe. Una especie de Sigfrido de las tinieblas, avanzando en la oscuridad y la fetidez con mi negro pabellón restallante, agitado por los huracanes infernales (62).

Y la presencia en el discurso de tantos símiles cuyo segundo término menciona aspectos de la guerra y de los que reproduzco apenas algunos:

... se había dejado dormir a su lado, había hecho ese supremo gesto de confianza que es dormirse al lado de otro como un guerrero que deja su armadura (63).

Y Bruno pensó para sí: Bueno, ¿al fin no estamos todos en una especie de guerra? ¿Y no pertenecemos a un pequeño pelotón? (64).

(60) *Ibidem*, p. 373.

(61) Correa, María Angélica: *Genio y figura de Ernesto Sábato*, Buenos Aires, Eudeba, 1973, p. 102.

(62) Sábato, Ernesto: *Op. cit.*, p. 360.

(63) *Ibidem*, p. 72.

(64) *Ibidem*, p. 203.

En otra forma se relaciona Sábato con Murena y hasta cierto punto con Beatriz Guido. Comparte su confianza en la *naturaleza humana*, de que abominan Viñas y Cortázar, quienes, con criterio existencial, subordinan a lo histórico concreto cualquier humana particularidad. Sábato concibe, en cambio, lo humano religiosamente, como una dualidad (lo demoníaco y lo angélico), cuya síntesis imposible provendría de la unión definitiva entre Alejandra y Martín. De ahí que las vicisitudes por las cuales pasan ambos sean tan afines: nacen poco queridos, repudian a su madre, intentan huir muy jóvenes de sus hogares, etc.

En fin, las coincidencias de *Sobre héroes y tumbas* con el *corpus* descrito permiten una mejor lectura de su mensaje comunicativo, sirven de fondo sobre el cual es posible advertir mejor la forma del texto que, para mí, está centrado en un reencuentro de segmentos sociales y variantes ideológicas opuestas, en un plano, y en una reconciliación de los dos escritores más influyentes en la literatura argentina de este siglo (Roberto Arlt y Jorge Luis Borges), en otro. Eso lo hace intersectarse, parcialmente, con el Cortázar de *Los Premios* y con el Viñas de ese momento. Este último calificó de *bonapartista*, años después, la actitud política de Sábato:

Esa conciliación, ese integracionismo que deja todo como está, subyace en su novela grande: tranquilizadora, retóricamente «elevada» y «profunda», «nacional» incluso. Podría concentrar sobre sí ilusiones de la ancha clase media... (65).

Por ejemplo, añade, de la burocracia sindical peronista, pero se olvida de mencionar al frondicismo y, más aún, a todos los regímenes de *facto* posteriores, quienes bombardearon al pueblo con los *slogans* de una hipotética unificación nacional mientras enajenaban el patrimonio económico a los poderes multinacionales, hambreaban a la clase trabajadora, mayoritariamente peronista, y perseguían o silenciaban a sus cuadros más combativos.

Entre esa mistificación conciliadora y el prejuicioso terrorismo de *Los premios* quedan todas las propuestas del *corpus*, cuyos esfuerzos por superar el primer estereotipo que los sectores ilustrados elaboraron para comprender al peronismo, su condición de dictadura de derecha, nazifascista, mediante las posibilidades gnoseológicas de la ficción, no desembocaron sino en nuevas categorías esquemáticas, en el mejor de los casos. Sus mensajes comunicativos, de todos modos

(65) Viñas, David: «Sábato y el bonapartismo», en *Los libros*, núm. 12, octubre de 1970 página 7, cuarta columna.

aportaron algunas esforzadas panorámicas de la textura social y aun de su dinámica. Menos felices resultaron en el tratamiento de la dialéctica individuos/grupos o jefes/dirigidos, pues se movieron, en tal sentido, dentro de las premisas que los liberales de Frankfurt aplicaron a las masas fascistas, en nada homologables al pueblo peronista argentino.

EDUARDO ROMANO

Cochabamba 1750, 5.º F
Buenos Aires
ARGENTINA